



# Cirio morado - Cirio verde

José Fonseca Sánchez

ALEJANDRO LÓPEZ LÓPEZ  
Periodista

**“Lloré como un niño escuchando la Coronación embarcado en Elcano mientras zarpábamos de Nueva York”**

“Y se dio cuenta de que nadie jamás está solo en el mar”.

*El viejo y el mar.* ERNEST HEMINGWAY

El viejo Santiago se hacía a la mar en su pequeño bote a diario. Lloviera, venteara o abrasara el sol, el anciano salía a pescar, o por lo menos partía en busca de la pesca. El protagonista de la genial obra de Hemingway no era otra cosa que un buscador, dedicaba cada día de su vida a perseguir una esperanza. Su empresa no era fácil, aún menos cómoda, pero sabía que el gozo del hallazgo se nutría de naufragios. El encuentro bien merecía los sufrimientos.

Al igual que aquel Santiago, José Fonseca sabía que el mar le llevaría hasta su esperanza, hasta la Esperanza. Este viejo marino, actual número tres de la Hermandad, nació allá por el año 1933 en pleno corazón del barrio de la Macarena. Era la Sevilla de la Segunda República y, según él, “había que tener arrestos para bautizar a un niño”. En su caso, fue bautizado en San Gil “y me apuntaron como hermano de la Macarena. Eso fue gracias a mi padre y a mi padrino, los dos se empeñaron en bautizarme y, además, en que se tocara el himno de





España durante la ceremonia”. “Mi padre era confitero en La Española, que estaba en la calle Tetuán, y mi padrino era un camisero muy afamado en Sevilla, Rafael Lamet”. A pesar de “ser del Señor del Gran Poder”, considera a su padre un gran macareno, “él fue quien me inculcó la devoción a la Virgen de la Esperanza y me enseñó a vivir con este sentimiento que me dura hasta hoy”.

Fue el mayor de siete hermanos, el único bautizado en la collación macarena ya que el resto recibió las aguas bautismales en San Vicente, parroquia a la que pertenecían sus abuelos. Del barrio donde nació “recuerdo muy poco, casi nada, está todo como envuelto en una nebulosa”. “Con tres añitos mis padres se mudaron a la calle Conde de Torrejón y me mandaron a un parvulario que había en plena Alameda de Hércules; esa zona de la ciudad no era precisamente para los niños, en aquella Alameda había de todo...”. A pesar de la proximidad, los barrios en aquella ciudad de la década de los treinta marcaban a fuego las pertenencias, incluso a la hora de ser de una Hermandad u otra, por eso “casi ninguno de mis amigos era macareno, la mayoría vivían en la Europa y la Alameda, y eran de la Amargura o de Montesión”. Allí le cogió el estallido de la Guerra Civil y su padre “vino a recogerme el 18 de julio, a mí y a otros niños que vivían también en Conde de Torrejón, para llevarnos a casa. Contemplamos el paso de los tanques por la Alameda y vimos el revuelo en las calles; yo no sabía qué pasaba, pero sí era consciente de que era algo gordo”. Durante la contienda visitaba el templo de la Anunciación para ver a la Virgen, incluso llegó a salir vestido de nazareno desde allí. El cortejo aquel era un caos, tanto que José mira por encima de sus gafas y modula la voz para soltar, como en una confesión incómoda, que “aquello era una verbena. No tenía nada que ver con lo que hoy es la cofradía, ni mucho menos”. Y este macareno, que reside en Cádiz, reconoce en un tono que mezcla la culpabilidad y la justificación que “yo me salía en la Bodega Cepejón de la calle Chicarreros a comerme el bocadillo que me había preparado mi madre, luego me iba



a mi casa a descansar y, cuando pasaba la cofradía por allí, me volvía a meter”. Suspira con nostalgia por algo para siempre perdido, para siempre conservado en su memoria, y remata, “esas cosas nunca se olvidan”.

Escuchar a orillas del Atlántico, a pocos metros del Estadio Ramón de Carranza, al número tres de la Hermandad reviviendo el orgullo que sentía de niño al saberse hermano y cómo roneaba entre su grupo de amigos enternece. Provoca respeto hacia estos veteranos macarenos que, como el viejo Santiago de Hemingway, han sido capaces de resistir en sus pequeños botes los envites del mar de la vida conservando el ansia de hallar su esperanza. Tanta lealtad admira y supone un ejemplo para los más jóvenes, sobre todo cuando alguien, que ya ha rebasado los ochenta años, reconoce que “yo me enorgullecía de ser hermano de la Macarena, era como algo del otro mundo, me sentía especial”.

La vida de aquel adolescente, crecido a la sombra de Hércules y Julio César, sufrió un radical cambio a los diecisiete años. “Con esa edad me alisté en la Marina. Allí hice el servicio militar como voluntario. Me marché a Ferrol y luego me trasladé a Cádiz para desarrollar mi carrera en el ejército”. Hace una pausa, vuelve a mirar por encima de la montura de sus gafas y suelta con socarronería: “Y a la fuerza me hice gadita... aunque no reniego, ni mi mujer tampoco, y mis hijos gaditanos de pura cepa”. Mientras estuvo en Ferrol aprovechó los permisos para venir a Sevilla y “pasarme por la Hermandad; es que si no veía a la Virgen no me volvía tranquilo para arriba. Además seguía teniendo aquí mis amistades de chaval –se queda en silencio porque uno de ellos se hace presente en su recuerdo–... uno era Guillermo, amigote mío, lo saludé en la apertura del Año Jubilar Macareno y venía hace poco en la lista de hermanos fallecidos...”. “La verdad es que hice más vida de Hermandad de chico que de mayor, porque al estar en la Marina era más complicado venir a Sevilla”.



El viejo Santiago sentía la tensión del sedal en sus manos, ese que le indicaba que aquello que llevaba tanto tiempo buscando por fin había mordido el anzuelo. José también notaba esos tirones del hilo que lo unía con Sevilla y, ante todo, con su Virgen. Cada jalón lo traía al Sur, así contempló el traslado de los Sagrados Titulares a la nueva Basílica, algo que recuerda “con mucha emoción, jamás podré olvidarlo. De San Gil a la Basílica, nada, un trayecto muy cortito, pero qué bonito fue. Y más cuando saboreaba cada segundo porque sabía que luego tenía que volverme a ir de Sevilla”. Uno de los tirones más fuerte que la Virgen dio del sedal con que tiene cogido el alma de José fue en mayo de 1964, pero en aquella ocasión la obligación se impuso a la devoción y el marino no pudo venir a la ciudad para ver cómo coronaban a su Esperanza. O sí la vio, aunque no pudiera viajar hasta Sevilla, y lo hizo de una manera singular, desde una óptica que, casi seguro, ningún otro macareno tuvo: asistió a la Coronación Canónica de la Esperanza Macarena embarcado en el Juan Sebastián Elcano, que el 31 de mayo de 1964 estaba zarpando del puerto de Nueva York. “Yo era telegrafista en Elcano. Cogía las emisoras en onda corta, así que busqué alguna donde escuchar la Coronación... y encontré Radio Nacional de España. Lo escuché todo con mis auriculares en la pequeña sala de telegrafistas mientras el barco salía del puerto de Nueva York”. Suspira profundamente, y calla. Vuelve a suspirar y continúa su relato. “Ay, estaba a tantos kilómetros de mi Virgen en un día tan importante... qué quieres que te diga, me parecía increíble...”. Deja de hablar, la voz se le quiebra. Se pasa un dedo por su ojo derecho, pero no deja que las lágrimas venzan. Para aliviar tanta emoción a punto de desbordar, se levanta y coge una fotografía enmarcada de Elcano junto a la Estatua de la Libertad en blanco y negro. Él sabe que está ahí dentro, que aquel 31 de mayo del 64 se halla encerrado para siempre en ese barco. Suspira nuevamente, y con la mirada de un viejo marino en tierra, dice “esta foto es de ese día, me la mandaron meses más tarde unos amigos que hice allí. Es posible que en este momento –señala la fotografía que ya amarillea– estuviera encerrado en mi cuartito llorando mientras escuchaba la retransmisión de la Coronación. Allí dentro estaba muy emocionado, mis compañeros no se enteraban de nada, me veían con mis auriculares y llorando como un niño... me miraban porque no sabían qué me pasaba. Pero fíjate cómo estaría, que me respetaron y no me interrumpieron. Fue emocionante. No sé si me hubiera emocionado igual estando presente en la Coronación. Creo que no...”.

José acaba de navegar por uno de los mares más bellos que lo habitan, el del recuerdo de aquel lejano mes de mayo. Se repone y habla de la cofradía para distenderse. Adopta un tono más alegre para rememorar la cofradía de su niñez. “Cuando yo salía de chico éramos menos nazarenos... ahora que somos casi catorce mil hermanos me asombro, era impensable en mi infancia. Ahora sí, la cofradía era tan, o más, multitudinaria que hoy en día. Llevaba un gentío enorme alrededor. Recuerdo cuando la Virgen entraba en el Hospital de las Cinco Llagas y se aligeraba la cofradía porque decían que, si no salía a una hora concreta, se quedaba allí para siempre. Yo no sé si era una leyenda o no, el caso es que le costaba trabajo salir de allí por el gentío”. Eso en la Virgen, porque el Señor de la Sentencia “tiene habitas contadas, pero tiene su tirón. Siempre ha sido más recogido, menos multitudinario, porque donde se pusiera la Virgen ahí no había nada que hacer. Pero había nazarenos muy del Señor, fieles a Él, que no cambiaban el morado por nada del mundo”. De hecho, José comenzó siendo nazareno de Cristo porque “no tenía túnica y la Hermandad me prestaba una del Señor. Recuerdo que siempre me la entregaba Federico Cazorla, al que le tenía mucho



aprecio”. Con los años pudo hacerse su túnica de la Virgen y en 1985, su último año como nazareno, “saqué el cirio número uno, justo delante de la Esperanza, así que la retirada fue por la puerta grande”.

Otro recuerdo imborrable es el de la Centuria. “Mi hermano Jesús era armao, y mi otro hermano, Paco, y yo salíamos de nazarenos. Qué alegría me daba cuando los tres íbamos camino de la Basílica para salir la noche del Jueves Santo”. Este macareno con más de ocho décadas de Hermandad a sus espaldas es radical al desmentir la leyenda negra de la Centuria: “era menos formal que la de hoy, pero no como dice la gente, ahí meten muchos embustes; quizá los penitentes fuéramos más informales que los armaos”. Recapacita, suelta una sonrisilla antes de rectificar sus propias palabras, “digo penitente porque aquí en Cádiz se llama así a los nazarenos; se me ha escapado”.

Barrio y cofradía, cofradía y familia, se enredan en su recuerdo desde la infancia. Por eso, cada vez que pulsa la tecla del pasado suena una nota que compone la melodía de la Hermandad. “Salía con mis hermanos Rafael y Jesús, este último tenía el bar de la Centuria en la calle Esperanza... y para mí el año que tiró por los callejones fue maravilloso, me acordé de mi juventud”. “Luego, en 1985, cuando salí con el cirio número uno, al pasar por la esquina de Conde Torrejón... qué quieres que te diga, me dio vuelta el caqui –se señala el corazón– y me acordé de los míos, de todo lo que me había pasado en la vida”. Su memoria bulle, salta de un recuerdo a otro. “Estaba en Ferrol y el comandante Laínez me preguntaba “¿A ti qué te doy, la Feria o la Semana Santa?” Y yo le respondía que la Semana Santa, que no podía faltar a la cita con mi Hermandad”. “Estando ya en Cádiz, tampoco me perdía la cofradía. Me venía a Sevilla para salir de nazareno. Un año se me ocurrió salir el Miércoles Santo en la Sentencia de Cádiz, luego coger el coche corriendo para llegar a Sevilla y salir en la Macarena. Y no lo hago más.

Por cierto, me hice hermano de la Sentencia de Cádiz por llevar la misma advocación del Señor y porque mi hijo se apuntó antes con varios amigos del barrio”.

Vuelve a realizar otro salto hacia atrás en su memoria, hasta llegar a la Anunciación: “allí los besamanos eran esplendorosos y, sobre todo, tumultuosos, porque la Virgen no se puede quejar de que la hayan dejado sola nunca, ni en la guerra siquiera”. Y enhebra un besamanos del pasado con otro reciente, y extraordinario, el celebrado en el Sagrario en mayo de 2014 con motivo del Cincuentenario de la Coronación de la Virgen. “Fue algo maravilloso. Grandioso. He ido a muchas coronaciones y conmemoraciones de otras Hermandades, pero para mí es lo más grande que he vivido. Desgraciadamente solo pude vivir el besamanos en la Catedral, y allí recordé a mucha gente. Llegué a las cinco de la tarde y eran las diez de la noche y todavía estaba en la cola. Fui con un vestidor de una Virgen de Cádiz, que es más macareno que yo, y se quedó impactado. Es lo más hermoso que yo he vivido”. Rafael, el vestidor gaditano, su amigo, se ha convertido en un baluarte macareno en Cádiz, ya que “me ayuda mucho, siempre hablamos de la Esperanza y eso hace que me sienta más cerca de Sevilla. Él me dice que si un día la vistiera se moriría, y yo le digo que no lo sabe bien”. Interrumpe media sonrisa tras ese comentario y adopta un tono más apagado para reconocer que “he procurado ir a Sevilla cada vez que podía, cogía mi coche y me encajaba allí para verla, pero ahora estoy fastidiado con las piernas y voy menos. Ahora, eso sí, si voy a Sevilla es para ir a la Basílica, si no, no voy”.

Enfila el final de la entrevista reflexionando en voz alta sobre las casualidades, o no, de su vida. Nada pasa porque sí, José lo tiene claro. “Mi vida ha estado siempre relacionada con la Sentencia y el Rosario; es el Cristo de mi Hermandad y por Él llego a hacerme hermano de la gaditana, mientras que la advocación del Rosario es la misma que la de la patrona de





Cádiz. Es curioso, pero me he movido entre las mismas devociones en dos ciudades, Sevilla y Cádiz. Eso sí, donde no ha habido disputas ni dualidades ha sido en mi devoción, única y exclusiva, a mi Virgen de la Esperanza. Esa solo hay una y está en Sevilla”.

El viejo pescador de la novela de Hemingway recordaba su vida mientras el pez tiraba de la barca. José hace lo mismo mientras la Esperanza jala de su vida. Ella ha sido el pez que siempre ha buscado, el faro que guiaba su travesía; Ella era una esperanza por la que merecía seguir echándose a la mar diaria de la vida. Sus palabras regresan siempre a Ella, incluso al final de la entrevista. Se levanta para buscar una fotografía. “Aquí estoy con la Jefa”, dice con familiaridad y se ríe. “Nunca he dejado de ser macareno. Tenía un padre que sin ser hermano era un gran macareno, y él fue quien me inculcó este veneno. Cuando me alisté en la Marina él se encargaba de pagarme los recibos. Así que todo se lo debo a él”.

El sedal que lo une a su Esperanza le da un nuevo tirón, quizá el más fuerte de toda la conversación. Le conmina a abrirse en canal y confesar esos sentimientos que nunca ha desvelado. La atmósfera se pone íntima, honda son las palabras de este macareno para hacer una auténtica protestación de fe, cuyo vértice es Ella. “La Virgen de la Esperanza es... ofú...”, no puede seguir. Pausa. “Es lo más grande...”, vuelve a callarse porque la emoción no le deja continuar. Le tiemblan los labios. “Este último besamanos, cuando me quedé delante de Ella, mirándola, casi me caigo en el altar. El Hermano Mayor estaba a mi lado y me dijo “Pepe no vayas a dar un numerito”. Y yo le dije “Manolo, si esto es muy grande y hay que vivirlo”. Y no me caí porque Dios no quiso. Solo me salía decirle Madre Mía eres muy grande”.

José Fonseca ha dado varias vueltas al mundo embarcado y “la Virgen de la Esperanza siempre me ha acompañado, incluso en mis viajes, sobre todo en Latinoamérica, donde he visto cuánta devoción tiene... siempre te la encuentras, cuando menos te la esperas, te sorprende”. Esto le ha servido para comprender que “ser macareno no es algo externo ni tiene que ver con un lugar físico. Ser macareno es algo que se lleva por dentro y sale fuera en forma de un sentimiento muy especial... pero no sé explicarlo con palabras”. Vuelve a bajar el tono de su voz para dictar una lección personal de eso que dice no poder explicar con palabras pero que expresa a la perfección con todo su ser. “Tengo ya ochenta y dos años y el número tres de la Hermandad, y eso es porque tengo más edad que un loro y, sobre todo, porque tengo esto –y se señala con el índice derecho el pecho, justo a la altura del corazón– metido aquí. Nunca dejé de ser macareno, lo llevo a gala, es lo que he vivido y sentido. Y la Virgen de la Esperanza es algo muy grande...”.

José no puede acabar la entrevista. Durante unos segundos queda mudo mientras se golpea con la mano en su pecho.

Hemingway necesitó de una novela magistral para insinuar la búsqueda humana de la esperanza a través de las vicisitudes de la existencia. La dura belleza del mar, el frágil bote de las certezas, el oleaje de las dudas, las ráfagas del viento de las tragedias, no impedían al viejo buscar con ahínco el sentido de su vida. A José Fonseca le han bastado el silencio y unos golpecitos en su corazón para enseñar cómo se encuentra esa esperanza humana, para resumir más de ochenta años de devoción a la Virgen y fidelidad a la Hermandad de la Macarena.